

riamente sin taumaturgia. Descuidaba la piedra filosofal y la mayor parte de las costumbres de los alquimistas, que él trataba de pretenciosos ignorantes; y de pronto de en medio de esos sueños, de esos humos, de esas pesadillas, de esas improvisaciones sibilinas (porque el hablar le exaltaba mucho,) de esos vuelos hacia la luz, la crueldad, las tinieblas, la impiedad y el sacrilegio, de esas paradojas, sublimes ó estúpidas, saltaba una vista serena del porvenir, un axioma admirable de sentido común y de adivinación, una de esas palabras de triple gusto como son los de las almas excesivas. Entonces su mujer, sus hijos y el discípulo juntaban extasiados las manos, y en aquella atmósfera sobrecargada, William rodeado de ruidos de animales, de formas rampantes, silbadores, graznadores y chillones, sentía un vértigo de génesis, creía asistir á la formación de un planeta nuevo, del que un dios cabelludo le revelaba los recursos y los destinos.

Ermanius era apasionado de los orígenes. Su idea fija era mezclar las especies. Un día se llevó á Shakespeare:

—He emprendido una gran obra. Pesquisas facientes y seguidas me han enseñado que la langosta tiene relaciones ocultas con la mujer. He procurado fecundar una. Rüdberg ha servido para la experiencia. Voy á mostrárosla.

De un cestito disimulado sacó al animal de reflejos vívidos.

—¿Es bella, verdad? La inmensidad del mar está escrita sobre su carapacho. Si, como lo espero, sale un sér de sus blancos sorprendidos ¿qué será este hijo monstruoso de dos mundos tan alejados como los astros, esta cara con círculos de patas velludas, este producto de la tierra, del verbo y del océano?

Le gustaba mirarse ante un vasto espejo doblemente curvo.

—Seguid la transformación. Mi cara desaparece ahora como una superficie de piel lisa, interrumpida; un islote de carne redonda y llena. Me aparto y se hace un pliegue. Aparece en ese pliegue un ojo. Enorme primero, se alarga y se estrangula hacia el medio. Y cuando surgen las dos miradas, se dilata la línea de la boca. Es triple y parece producido por el apartamiento de la nariz y la barba. No lo dudéis; este espejo infiel trae con fidelidad la historia de nuestros tejidos.

La distancia del tiempo y el espacio, el reflejo del espejo y de la herencia se comprenden por un inaccesible sortilegio.

Una mañana Fischart cogió del brazo á Shakespeare.

—Readway y yo nos quejamos de que nos abandonabais. Sois inexcusable, porque la separación se acerca. Ese diablo de Ermanius os arrastra; me agrada su odio á los católicos y los teólogos; pero es un viejo loco y la metafísica vale menos que la vida. Venid. Quiero mostraros otra cosa que sus canchales y sus piojos.

—Cierto, añadió Readway; —yo devoraba en silencio mi cólera y mis celos. ¿Creéis que para un poeta sea una estancia un laboratorio apestado y que un disecador de pájaros y ensueños, un verdugo de peces dorados no merezca un tratamiento de cuerda ó una paliza?

Partieron á pasear por la ciudad, envuelta en una red de bruma. Atravesaron primero un baño pobre; las altas casas de madera apretadas unas contra otras, parecían calentarse, porque helaba; los arroyos estaban congelados. A lo largo de los pintorescos balcones abiertos, alrededor de los cuales corría deshilachándose la bruma, algunos niños flacos jugaban y unas cuantas mujeres tendían á secar ropa. Sobre una vieja barca aplastada, franquearon un estrecho brazo del Elba

—Si esto continúa, arrastraré muy pronto arena y piedras —dijo el barquero mostrando el río de aguas amarillas y casi aceitosas.

Se encontraron luego en calles anchas y muy diferentes. Macizas construcciones de piedra reemplazaban las barracas. Shakespeare echaba de menos á Amsterdám

Hamburgo también tiene su poderoso encanto—replicó Fischart, aficionado á ciudades; —pero se necesita más tiempo para admitirlo. Si en vez de emplearos en las homilias apestosas de Ermanius, interrogareis las casucas de hace un momento, admiraríais esa arquitectura de roble y abeto, decorada á veces como una catedral, con sus piñones calados, su encaje de vigas, rampas, balaustrados y esas escaleras ex-

teriores que suben en *zig-zags* hasta la cúpula. La bruma, como un humo sutil, invade esos laberintos. Los acaricia, los oculta á nuestras miradas, y nos los restituye á girones. Creeríais asistir allí á los juegos de lo real y de lo soñado ¡Atención! Voy á presentaros uno de mis menos recomendables amigos.

Alzó el pesado martillo de una puerta: Una mujer gruesa vino á abrir. Tenía una cara rechoncha, ojos vivos y la boca llena. Entre el pulgar y el índice derechos tenía un pedazo de carne. A su cintura colgaban llaves brillantes.

—¿Eres tú, alma mía? Te creía muerto hacía mucho tiempo.

—Eres muy simpática; estoy bien vivo. Señores; tengo el gusto de presentaros á la tía Wurm, nuestra Wurm venerable y venerada, la más famosa «celestina» de Alemania. Si todos los hijos que ha favorecido hubieran venido al mundo, los querubines esos la hubieran llevado y tendríamos ahora que habitar el cielo.

—¡Eterno burlón! —dijo ella frotándose las manos.—¡Ah! he almorzado. Seguidme; beberemos, á la salud de tus amigos, de un fomoso tonel. Porque tiritamos.

Y los llevó á una habitación lujosa y cálida, tapizada de arriba á abajo de terciopelo y brocado verde. Hizo sonar un timbre. Un discreto servidor trajo una bandeja de plata, pastiles y muchas botellas.

—Esto es para la clientela. No como más que carne de buey ó de ternera, fría, con pan; ¡ay! hubo un tiempo en que era loca. Nada era demasiado bueno para mi paladar. Ahora froto mis pulgares uno contra otro y miro á la juventud. ¿Pero qué es de tí? ¿Sigues escribiendo contra el Papa? ¿Sigues queriendo al gordo Lutero? Señores, antes, cuando se emborrachaba, declamaba horas enteras injurias espantosas; ¡oh! si supieras lo que dicen por ahí de tí! Hay algunos que si te cojieran. . . .

—Eso es la gloria—respondió Fischart con desenvoltura. —Mira bien á estos dos gentileshombres. Son poetas, ilustres poetas, amigos de la belleza donde quiera que esté, de donde

quiera que venga, cualesquiera que sean los auspicios bajo los cuales se presente.

La Wurm se inclinó ceremoniosamente.

—Llegáis demasiado pronto. La fiesta no comienza hasta la noche. Has olvidado los usos, Jean. ¿Qué se ha hecho de tu camarada, aquel á quien llamaban el Español porque era moreno y tenía una nariz enorme?

—Ha muerto.

—¡Pobrecillo! Me gustaba. No se lo decía á nadie, porque tenía miedo de que os rierais. Eras tan malvado! Pero en fin, eso es lo que causa tu genio. . . . ¡Vamos! ¡Vivan los buenos recuerdos! ¡A tu salud! ¡A la vuestra, monseñores!

Shakespeare bebió un gran vaso de vino dorado, de sabor á violeta, y en seguida bailaron las llamas en su imaginación. Readway inspeccionaba las tapicerías, los espejos, los muebles raros con ojos inteligentes, de conocedor.

—Entonces, vieja—continuó el libelista—¿no tienes aquí ninguna de las maravillosas criaturas con que sabes regalar á tus huéspedes?

—Esperad.

Se levantó, y corriendo á una puertecita disimulada en el tabique, llamó:

—¡Genoveva! ¡Genoveva! Es una joven de veinte años, dulce y fresca. Fué seducida hace seis meses por un rico comerciante. Es tan viciosa, tan viciosa. . . .

Y se interrumpió; Genoveva entraba. Pequeña, ¡rubia, delgada, de mirada tímida, con un cuello adorable, talle delicado y manos mórbidas. Iba vestida de una bata de raso color naranja, y permanecía modestamente de pie entre los tres hombres.

Al cabo de un rato de contemplarla:

—Vete—le dijeron los tres.

—Es—dijo la tía Wurm en voz baja—la pilluela más astuta que conozco. Sus padres son honrados y pertenecen á la clase media. No sospechan nada. Viene aquí acompañada de su nodriza, y tan pronto pretexta que va al baño, tan pronto que asiste á una parienta enferma.

--Tú eres más astuta que ella--insinuó Fischart, tomando por aburrimiento el silencio de sus compañeros y deseando activar la conversación.

--Sí, en verdad. Tú no has olvidado que me preguntabas por mis medios de acción y afirmabas que era yo una política capaz de darciento y raya á los jesuitas.

--Son los mismos procedimientos.

--Quizás. Lo cierto es que mi oficio es todo de discursos de feria. Discursos á las mujeres á fin de que se dejen seducir y de que engañen á sus esposos y á sus familias; discursos á los hombres para . . . Gano mi vida con palabras. La charla es más útil que el oro. ¡Qué confiado y vanidoso es el mundo! La pureza parece un duro fardo y la castidad un ligero velo!

--Escuchad ¡oh, poetas! y desesperaos.

--No es broma; hay días en que mis mentiras me asquean; tan fácil es cazar con liga tontos. Este se cree bello, irresistible, vencedor. Me insulta, y con voz vinosa me ordena surtirle de beber

Shakespeare recordó de pronto que tenía en su alforja una carta del caballero John para un hostelero de Hamburgo. Sin decir nada á sus amigos preguntó por la posada *Las tres coronas*. Halló en ella al enano cuya frente, según las indicaciones del extraño español, llevaba una enorme verruga amarilla, y quien á la frase misteriosa *Semper olim*, le hizo sentar con mucha cortesía.

--¿Llegáis de Rotterdam?

--Allí estaba en el mes de Agosto.

--¿Cómo seguía el caballero?

--Admirablemente.

--¡Bendito sea Dios! ¿No conocéis la persona designada por las iniciales A. B. C., á quien él os dirige?

--No. Cuento con vos para saberlo.

El gnomo se acercó al poeta y le dijo al oído:

--En un sabio célebre de Hamburgo, llamado Ermanius. Cualquiera os señalará la casa. Pasa por un ateo intratable. Es su papel. Pero de hecho, afiliado á los jesuitas, como yo;

sirve admirablemente á la Aven; trata con intimidación á los más feroces reformadores, se impone de sus proyectos, provoca sus confidencias, y escribe sus relaciones. Confíaos á él en absoluto. La recomendación del caballero John es omnipotente.

William no titubeó. Contó á sus amigos aquella extrarodiniaria aventura. La sorpresa del libelista fué extrema:

--¡Ah! El canalla, el bandido! Me ha engañado. ¡Voto á Dios! con sus blasfemias y sus frases contra los católicos. Quién hubiera creído que un estrujador abstracto de quintaesencias . . . En fin, recibiré su lección . . .

--Eso no me asombra--murmuró Readway.--Todo sabio lleva en sí el germen de un pillo. La naturaleza se venga de sus violadores, mientras colma de virtudes á sus dulces amantes: los poetas.

La misiva A. B. C., que abrieron, no les dejaba duda alguna. Escrita en latin, comenzaba con estas palabras:

«Mi queridísimo hermano en Jesucristo; he recibido vuestros preciosos datos.»

Y terminaba así:

«Tales serán desde hoy vuestras instrucciones.»

Al día siguiente los tres compañeros se presentaron en casa de Ermanius. El rojo hornillo zumbaba. La temperatura era sofocante. El erudito acercaba al calor una retortita llena de liquido brillante. Su mujer, sus hijos y el discípulo Rüdberg, tirando de una polea subían la caja de reptiles. Uno de los perros cautivos ladró.

--¿Seguís expiando?--gritó alegremente Fischart.

El viejo se volvió:

--Busco la densidad de un liquido nuevo.

--¡Ah! ¡Ah! ¿Y qué liquido es ese? ¿Orines de jesuita? Si es así, afirmo que apestan.

El sabio tuvo un gesto instintivo de estupor. Procuró sonreirse.

--Cara ignoble de traidor--dijole brutalmente el libelista; --da gracias á tus cabellos blancos, que te evitan un famoso *picassée* de metal. ¡Recogias para tus estúpidos compañeros

las menores palabras de Jean Fischart y preparabas para mí las haces de leña! Aún no están encendidos, estiércol de cerdo, y puedes decirselo á ellos, puerco crapulosos!

A estas injurias, vomitadas con voz rabiosa, Gertrudis, Hilda, Wilhem y Erus, corrieron á Shakespeare y Readway suplicándoles no hicieran daño al esposo y al padre. Rüdberg rompió á llorar, escondida su cabeza de buho entre sus manos enormes, amarillas de los ácidos. Se oían sus sollozos.

Ermanius dejó á un lado, cuidadosamente su retorta y se cruzó de brazos:

—¡Silencio, mujeres! ¡Silencio, pequeños! Esos señores no me matarán y nuestros clamores son humillantes. Quiere decir, señores, que estoy descubierto.

—¡Pillo!

—Es evidente que mi título de jesuita no os agrada.

—¡Vil!

—Es evidente también que vuestros ultrajes resbalan como aceite sobre mi vieja piel. Os repugno; vuestras caras lo confiesan claramente. Sea. Pero entre hombres inteligentes se puede sacar partido de todo. El azar os revela mi vergüenza. Dejadme explicároslo.

Fischart se quedó como extasiado.

—¡Es sublime! ¡Le pagaríamos mil ducados por aborcarle! Os aseguro, señora y señorita, que no tocaré un solo grano de su apestosa piel. Anda, Jorgo mía, desenvuelve tus argumentos.

—Pero daos prisa—añadió Raadway—porque un traidor debe ser breve.

—¡Un cerebro tan bello!—dijo Shakespeare.

Y levantó los brazos al cielo.

—Eso es, eso es, joven. Eso eso es lo que me ha perdido. Tengo conciencia de mi intelecto. Tenía que alimentarle, alimentarme y alimentar á estos. . . .

—¿Por qué no te dirijas á la tía Wurm?

—Los Jesuitas me han halagado mucho. Tenían oro. He sido débil. El fondo de mi corazón es el ateísmo. Cuando blasfemo, soy sincero. Parece una máscara, y sin embargo,

es sincero. Me pinto de lo que soy. Además, he estudiado la vergüenza. ¡Qué prestigio! Por el aislamiento, por la concentración, por la inquietud, ayuda á la ciencia y obra la energía como un deseo. Encorbado sobre mis hornillos, rodeado de experiencias y de un relincho de animales cautivos, pensaba en mi doble faz. Ignoraba que sería descubierto. Lo es uno siempre. Oía la cólera de Fischart. No me ha sorprendido hace un momento. Yo me miraba á mí mismo con asco. Así es más lúcido. Ninguna idea moral, ¿comprendéis? molestaba mis reflexiones. Aparte del mundo, como en una isla, en el centro de un oprobio obscuro, me servía de él para escrutar el alma universal. El respeto del discípulo levantaba mi orgullo, porque es bello que un hombre se humille ante una mancha. Lo juro, señores; hay una labor en la traición.

Estas palabras y el tono que las animaba modificaron la actitud de Fischart. Su furor dejó el sitio á la necesidad de discutir, que era la base de su carácter.

Para sentir esos goces fétidos no tenías necesidad de lo real. El poeta Shakespeare te explicará que basta para eso una hipocresía doble ó puramente imaginaria.

—El poeta Shakespeare tiene una facultad singular. Se adapta á los sentimientos sin que se le impongan, como un perfecto cómico, y en este momento leo en sus ojos; habita en mi vergüenza. Pero como un caballero paga con emociones, yo debo pagar con mi persona.

—¿Cometerías un crimen por curiosidad?

—Si esos animales gozasen del lenguaje, responderían por mí. Si se hacen hombres, Jean Fischart, no se obliga á la naturaleza á mostrar su cuerpo todos los días. Yo he visto el cuerpo de la naturaleza. Pero ella no se ha dejado sorprender, sino porque yo estaba en estado de vergüenza. También se le aparece al asesino, mientras obra el puñal ó vierte el veneno, y en su vértigo va más allá que el más grande de los poetas. Pero gasta su fuerza en remordimientos. ¿Has preguntado por qué la ciencia quiere sangre, como el homicidio; por qué mis semejantes tienen miradas implacables? Estamos, querido,

fuera de la ley viva. Somos servidores de la muerte. La dulce vida reclama la ignorancia. Nadie se instruye más que por la matanza, matanza amenudo disimulada. Las armas forjadas en el laboratorio, por nuestros libros y nuestras teorías no tienen su acción sino después de algunos siglos.

—Adiós, traidor. Te despreciamos pero nos has interesado.

—No hay, á mis ojos, más bello elogio. Señor Shakespeare. siento mucho que la separación sea tan brusca.

—Yo también lo siento. ¿Por qué vuestra vergüenza no es traje?

Rüdberg había cesado de gemir. Los niños y la madre habían vuelto á sus trabajos. William, Fischart y Readway salieron de aquel desacreditado lugar.

Algunos días después, la antevíspera de Navidad, estaban los tres sentados, cada uno sobre su cama, en el cuarto de una humilde posada cerca de la aldea marítima de Kiel, en donde Readway debía batirse el día siguiente con su rival. Obscurecía. El campo estaba en un silencio absoluto.

—Abro la ventana,—dijo Shakespeare.—Aunque haga frío, respiraremos mejor.

La pura noche resplandecía de estrellas. Su deslumbrante claridad caía sobre la nevosa extensión. Distinguiase un bosque de pinos, un trozo de llanura, la entrada de la aldea. Un olor de sal y de hielo flotaba en la límpida atmósfera.

Readway dió un gran suspiro.

—Hace un un año he provocado á Olof. Hace un año que preparo y modifico, hora por hora, mi destino. «¡Que viva!» grita el árbitro, y marca á mi adversario con una cruz negra. «¡Que cese de versificar!» y la cruz se alza bajo mi nombre: ¡En fin!... Cierro la oreja á los presagios. Shakespeare, ¿seguís en la idea de ir hasta Copenhague?

—Si; y espero que seguiréis siendo mi compañero de viaje.

—En el caso contrario (porque Olof es bravo y cruel) hé

aquí una carta destinada á mi dulcísima dama Helmi de Fulkenlein. Os ruego que se la déis á ella en persona, en sus propias manos, y si tiene alguna debilidad, apartad de ella vuestros ojos. Mi sombra celosa quiere guardar para sí sola ese espectáculo.

Fischart tornó con aire regañón, como cuando temía enternecerse:

—Pues yo, pobre libelista, tengo, de todas maneras, que despedirme de mis dos poetas. Estos días de aventuras pasarían aprisa, soplos tibios de la amistad que disipa el invierno.

—¿Es que nos olvidaréis?

—Nunca. Vos, Shakespeare, más vibrante que ningún otro joven, cargado de orgullo y de imágenes; vos, Readway, flor de melancolía y de heroísmo, no saldréis nunca de mi corazón. Oiré vuestras voces, veré vuestras caras. Una gran parte de mi llanura sensible quedará herida de esterilidad. ¡Solíamos reir tan bien juntos!

—En aquella ruidosa comida, en casa de Doelen, vuestras primeras palabras me atrajeron; en seguida os amé. Luego abandonamos Amsterdam, atravesamos la Fisa, y sobre las orillas del Ems aparece un caballero rojo.

—Era yo. Antes de saber vuestros nombres admiraba vuestros rostros donde brillaba una llama.

—Fuerza divina de la ternura,—murmuró Shakespeare.—Ella toma las vías más secretas y penetra en las carnes rebeldes. Hay ternuras cuya pronta emoción salta por el gesto y la palabra, seduciendo almas complejas, vibradoras, pero enmascaradas de hielo, falsos egoístas palpitando excesivamente en la profundidad. Las hay cuyo dominio de sí propias, cuyo verbo raro y luminoso agradan á vociferadores como Fischart. A veces un movimiento justo, un grito generoso, una presión oportuna, determinan grandes afectos. Cuando Readway, en el curso de una conversación, me agarra los brazos, me estremezo y siento entonces cuánto le quiero. Nadie como vos, Fischart ha sabido halagar mi amor propio, sin groseros cumplimientos; pero tratábais como á igual á un joven, y vuestra gloria, sin tocaros, como un nimbo, os rodea. ¡Ah! ¿quién pon-

drá lunca, con un verso altanero y acariciador, ennoblecer estos varoniles y delicados amores?

Readway se acercó á la ventana:

—¡Estas cosas y las estrellas son toda la belleza terrestre Dichosos los que sienten y expresan su entusiasmo! ¡dichosos los que al salir del mundo candente se bañan en las aguas frescas de la poesía! Un espectáculo tejido de realidad y de ensueño, y el espíritu se burla de los contrastes. ¡Corazones recios, cerebros sutiles y la naturaleza abierta! Adorable silencio de amistad, cuando cabalgábamos juntos, cuando cada sendero ocultaba una sorpresa y cuando nuestros mudos pensamientos se juntaban por las miradas.

En un largo claro rodeado de pinos, blanco de una nieve que seguía cayendo todavía, Reaway descendió del caballo, saludó á su adversario, desabrochó su capa roja que entregó á un lacayo, junto con su fieltro de plumas, y desnuda la cabeza, vestido de negro, sin coraza, su delicada cara azotada por la brisa de Diciembre, esperó á que estuviese pronto el caballo.

Este era alto y robusto, vestido con un jubón oscuro. Fischart y Shakespeare, que se hallaban á alguna distancia, notaron su fisonomía brutal, sus ojos frios y su musculatura. Nadie le asistía como testigo. Un servidor, entre los árboles mantenía su nerviosa cabalgadura de color obscuro.

Aunque la tarde no estuviese muy adelantada, poca luz caía del cielo bajo y amarillo y cuando salieron de la vaina las espadas, su brillo iluminó el espacio. La sábana de fresca nieve era delgada, sin embargo, estorbaba para el combate. Marchaban uno hacia el otro con precaución, fija la mirada y extendidos los aceros. El primer choque demostró la destreza de Readway y el vigor del caballero; porque éste, por una *finta* del poeta, resbaló y perdió el terreno que había ganado. La *reprise* fué cálida; se atacaron cuerpo á cuerpo, se les vió girar sobre sí mismos; saltar hacia adelante, hacia atrás y luego detenerse bruscamente. A lof estaba herido en la cara. Salió la sangre. Pero indicó con un gesto que la cosa tenía poca importancia; cogió nieve con las manos y lavó vigorosamente la herida, De lejos ese arañazo le daba una cara gozosa, como si

riera. Pero en él se acumulaba una rabia pálida, y en cuanto sintió el hierro de su rival, se precipitó, alta la guardia, rugiendo de victoria. El golpe, pronto y terrible, alcanzó á Readway en medio del pecho. Soltó á Clorinda y cayó sobre las rodillas. Fischart y Shakespeare corrieron á él. Le sostuvieron primero por los brazos y le extendieron después sobre el armiño enrojado del suelo.

Readway gemía con voz silbadora:—¡Es el fin!... Tan joven... lo sabía... La verdadera dicha en el intermediario... ¡Oh Killekroff! Otra dicha... adiós compañeros... adiós, mi poema futuro... Adiós, vida, bella vida, y vos, mi bien amado... mi Hel... por quien... ¡Oh!

Le dieron de beber. Reabrió un instante sus ojos grises, alentejueados de oro, en donde estaba cifrada toda la melancolía humana.

—William, no olvidéis mi carta... Cojed también mi espada... A él... *Robin*...

Balbuceó algunas sílabas incoherentes. Y Fischart que le sostenía la cabeza, le sintió vacilar inerte sobre el cuello.... Y el alma exquisita del poeta huyó á la eternidad.

Aquella misma noche le enterraron en el pequeño cementerio de Kiel, al borde del mar mugidor. Oíase, muy cercana la obscena copla de un sepulturero ebrio. Cerca de la aldea, en la nieve, brillaban saltando las iluminaciones del Norte y se oía como un susurro el ruido de los bailes y las canciones. Por encima de él, en el suelo, Shakespeare clavó Clorinda hasta el pomo en forma de cruz. William sentía su alma negra y devastada. Fischart le tocó en la espalda.

—Ah!—dijo—¡la tortura de la amistad! ¡Hora ignoble en que el bruto vuelve á montar á caballo, fiero del homicidio de su héroe!

William respondió:

—El espacio cruel va á ponerse entre nosotros con sus climas cambiantes y numerosos. ¡Pero que muera en seguida el olvido! Al borde de esta tumba apenas hollada, cerca del que adorábamos por su gracia valiente, os abrazo, Jean Fischart, y abrazamos su fantasma, á fin de que este instante sea inmortal.



VII

Shakespeare se despertó. Tenía ardorosas las manos, y para refrescarlas las paseó sobre sus rudas sábanas. En el cuartito se deslizaba un pálido rayo de sol, iluminando los muros de madera amarilla, incrustada de dibujos: «El Nacimiento del Cristo,» «La subida al Calvario,» «Magdalena al pie de la Cruz,» un gran aparador de madera oscura, la estufa de porcelana y la estrecha alcoba en el fondo de la cual se hallaba el lecho.

—¿En dónde estoy?... Es la segunda vez que igual sorpresa... Ayer ya... Sí, me han dado las señas... ¡Cómo arde mi cabeza! En Dinamarca... en casa de unos buenos aldeanos... Me recogieron... Los merodeadores... los bandidos... Me he defendido y he caído... He perdido mi caballo, mi espada, mi alforja... ¡Oh mi viejo Plutarco usadísimo! ¡La nieve, la nieve, la nieve! ¡Muerto Readway, Fischart desaparecido!... ¡Queridos y dolorosos amigos!... ¡Vete de aquí, rayo burlón!... Llegas hasta esta caja, especie de ataúd en que estoy acostado... Todo me asombra... como si naciera de nuevo... ¿Es la fiebre? Extrañas ideas me cercan. Llevan trajes demasiado brillantes y hacen gestos para conmovirme. Creo que si llorara, no solazarían las lágrimas mi corazón hinchado de angustias.

La puerta se abrió lentamente. Entró una delicada silueta: la de una joven. Era de un blondo pálido y estaba vestida